

LA BATALLA DE CEFIS

LEMA: LA PRIMERA GRAN DERROTA DE LA CABALLERÍA MEDIEVAL

Sería muy difícil decir cual fue la gesta más importante que libró la Gran Compañía Catalana durante su expedición en tierras bizantinas. La epopeya que llevaron a cabo catalanes y aragoneses, con los temibles almogávares como punta de lanza, nos dejó grandes episodios bélicos como el del Monte Tauro, donde la Compañía, con unos 7.000 hombres, derrotó a un ejército turco de más de 40.000; o la defensa de Gallipoli, cuando el cronista Ramón Muntaner, que era uno de los jefes de la Compañía, se encontró asediado por tropas genovesas, y sin contar con apenas hombres en la plaza, pues la mayoría estaban en campaña, supo organizar a las mujeres y defender con éxito la ciudad, como bien nos narra Francisco de Moncada (1). O que decir de la famosa *Venganza catalana*, aún recordada con temor por tierras griegas, cuando los almogávares se tomaron la revancha por el asesinato de su líder Roger de Flor. Pero sin querer desprestigiar estos hechos, quizás fue la victoria en la Batalla del río Cefis lo más significativo en la aventura almogávar, tanto porque fue la última gran batalla de su aventura oriental, como porque nos encontramos ante uno de los primeros episodios en que una caballería pesada medieval es derrotada por tropas de infantería, marcando un antecedente en el cambio que sufrió la guerra de época medieval respecto a la de época moderna, cuando los nobles caballeros perdieron el peso de las batallas en beneficio de la gran masa de hombres del pueblo llano que formaba la mayoría de las filas de infantes.

Sicilia, primera parada hacia Oriente

La Corona catalana-aragonesa había acabado su Reconquista, pues había ya llegado a los límites pactados con Castilla. Así pues, los belicosos almogávares se

habían quedado inactivos, a excepción de algunos choques en la frontera con Francia. Tras tantos años llevando este tipo de existencia era gente que ya solo sabían vivir de la guerra y del botín que les aportaba. Paz y almogávar eran dos términos altamente incompatibles, pero un conflicto internacional vino en su ayuda, la sucesión por el Reino de Sicilia. Los hechos conocidos como *Vísperas Sicilianas* en 1282, noche en la que los sicilianos se rebelaron en varias ciudades asesinando a los franceses que las ocupaban, y la ayuda que los primeros pidieron a Pedro III de Aragón dio inicio a una guerra de 20 años, en la que los almogávares pudieron dar rienda suelta a sus instintos guerreros. Finalmente, en 1302, Francia y Aragón firman la paz de Calcabellota, ya que el bando francés, llamado angevino, no tenía más fuerzas. Quedó Sicilia como reino independiente en manos de Federico II, hermano del rey de Aragón, Jaime II.

La Compañía llega a Bizancio

Tras la paz de Calcabellota, los almogávares volvieron a quedarse sin ocupación, pero una llamada de socorro desde Oriente volvió a despertar el *coltell* (5).

Ocupaba el trono en Constantinopla Andrónico II Paleólogo, el cual se estaba viendo totalmente incapacitado para frenar el avance de los turcos otomanos. La dinastía de los Paleólogos había usurpado el trono tras expulsar del mismo a los Lacaris. Por este motivo tenían un gran temor a que hubieran revueltas internas y no solían hacer levadas entre los propios bizantinos, con lo que la defensa del imperio quedaba en manos de mercenarios genoveses, alanos, turcoples (turcos cristianos) u otros. A los oídos del emperador había llegado la fama de Roger de Flor, un mercenario al servicio de la Corona de Aragón que había destacado en la guerra de Sicilia. Aceptó la propuesta del emperador bizantino a cambio de que fuera nombrado Megaduque, le prometiera una mujer de su familia en matrimonio y le diera a sus soldados el

doble de la paga habitual que a otros mercenarios. Tras aceptar todas estas condiciones, partió hacia la capital imperial con una flota de 39 naves, que incluía 1.500 soldados de caballería y 4.000 almogávares, ansiosos de nuevas batallas. Una vez allí, el mismo emperador salió a recibirle y Roger de Flor desfiló ante él con todas sus tropas. Cabe decir que en un primer momento los almogávares no solían causar muy buena sensación, ya que con sus indumentarias de pastor y su escaso armamento no parecían que fueran a ser capaces de plantar cara a los poderosos ejércitos de la época. Pero como ya sucediera con los sicilianos, muy pronto los almogávares hicieron ver su error a aquellos que los subestimaron, ya que al poco tiempo de llegar a la capital imperial, una pequeña pelea entre unos soldados genoveses y unos almogávares desembocó en una gran matanza de los primeros, que satisfizo mucho al propio Andrónico II, que estaba harto de tener que pagarles cada vez más a cambio de su protección. Poco tiempo después, la Compañía Catalana partió en busca de las tropas turcas, que se habían concentrado en el Cabo Artacio, en la península anatólica. A pesar de ir como mercenarios, no aceptaron marchar si no era con las banderas de los reyes de Aragón y Sicilia, la señera de las cuatro barras rojas empezaba su desfile triunfal por Oriente. La Compañía asaltó por sorpresa el campamento turco, causándoles 8.000 bajas repartidas entre 3.000 hombres de caballería y 5.000 infantes. Tenía Andrónico II un hijo asociado al trono de nombre Miguel, que poco antes había fracasado en el mismo escenario contando con muchos más efectivos. El éxito de Roger de Flor y sus hombres empezó a despertar en él un odio profundo hacia todos ellos. Tras invernar en Cizico, en la primavera de 1303, la Gran Compañía Catalana reanudó su campaña con grandes éxitos y liberando del asedio otomano a ciudades como Filadelfia o Tiria y venciendo de nuevo a los turcos, siempre superiores en

número a los efectivos de la Compañía, en Ania. Ya en 1304, Roger de Flor decide penetrar en Anatolia, llegando hasta el desfiladero de las Puertas de Hierro en la Cordillera del Tauro, donde se produjo la batalla mencionada al inicio de este artículo, la cual quizás fue la más espectacular librada nunca por los almogávares, debida a la aplastante superioridad numérica del enemigo. Aquel 15 de Agosto, antes del inicio de la batalla, los almogávares se empezaron a felicitar unos a otros, ante la ocasión de poder participar en un combate tan complicado, lo que significaba que la gloria que podrían alcanzar sería aún mayor.

Tras la victoria, la Compañía se retiró a Gallipoli, ciudad que habían convertido en su base de operaciones, situada en la parte occidental del Mar de Marmara. Allí se concentrarían hasta la campaña del año siguiente, en la cual tenían pensado penetrar por Anatolia hasta los ríos Tigris y Eufrates, acabando con todo turco que se les pusiera en el camino. Por aquel entonces llegó a Gallipoli Berenguer de Entenza, gran amigo de Roger de Flor, el cual trajo consigo más hombres.

Roger de Flor fue con él a Constantinopla para presentárselo al emperador. Este, para recompensar a Roger de Flor por su gran victoria en el Monte Tauro lo nombró César del Imperio, pasando el título de Megaduque a Berenguer. La concesión de este reconocimiento no hizo más que aumentar las envidias de Miguel, el hijo del emperador, aunque también este, que creía ya superado el peligro de los turcos, empezaba a estar harto de los almogávares y sus excesos vandálicos en algunas ciudades.

La tragedia se estaba fraguando. Antes de emprender la campaña de 1305, Roger de Flor quiso ir a Adrianopolis, donde se encontraba Miguel, para presentarle sus respetos y despedirse de él. Lejos de agradecer este gesto, Miguel vio la gran oportunidad de acabar con su rival, pues este solo se había traído a la ciudad una

escolta de unos mil hombres. Así, tras ofrecerles un gran banquete en su honor, cuando Roger y los capitanes almogávares estaban más que ebrios, irrumpieron en la estancia donde se celebraba la cena una gran cantidad de mercenarios alanos, resentidos con los almogávares por encontronazos pasados, y pasaron a cuchillo a cada uno de ellos. Creía Miguel, que una vez descabezada la Compañía, esta sería fácil de eliminar, pero parece que aún no se había dado cuenta de quien eran esos rudos hombres de montaña. No acabo allí la matanza, pues la misma suerte corrieron los comerciantes y marineros catalano-aragoneses que vivían en la capital del imperio. Tras enterarse de lo sucedido con su caudillo y sus compatriotas, la furia se apoderó de ellos y los nuevos jefes Berenguer de Entenza, Berenguer de Rocafort y el cronista Ramón Muntaner organizaron la famosa *Venganza catalana*. Tras levantar el cerco a que los bizantinos les habían sometido en Gallipoli, después de que con poco más de 3.000 hombres aplastaran a 10.000; se dedicaron a saquear y arrasar todo lo que encontraron a su paso, especialmente la región de Tracia. Pasaron así dos años viviendo del pillaje, con numerosas intrigas internas entre sus jefes y aceptando en sus filas a otros mercenarios de la zona, como turcos y turcoples. Establecieron una nueva base de operaciones en Casandria, una ciudad griega no muy lejos de Salónica. Por diversos conflictos e influencias externas a la Compañía, el que durante los últimos tiempos se había consolidado como gran caudillo almogávar, Berenguer de Rocafort, fue depuesto, el cual entregaron a los franceses que controlaban algunos territorios de la zona, fruto del Imperio Latino que surgió en las Cruzadas. Estos franceses, llamados francos en las crónicas, habían negociado un tiempo antes con el propio Rocafort y habían conseguido poner a su servicio la Gran Compañía. Los franceses, eran tradicionalmente el gran enemigo de la Corona de Aragón, pero Rocafort aceptó su oferta pues estaba viendo que tras la

venganza contra los bizantinos, él y sus almogávares se estaban estancando en aquel territorio hostil y su situación era ardua difícil. Además, los franceses, liderados por un tal Cepoy estaban en guerra contra los bizantinos, debido a que los primeros reclamaban el trono de Constantinopla para Carlos de Valois, de la casa real francesa. Tras un tiempo, Cepoy, harto de Rocafort, convenció al consejo almogávar para que se lo entregaran como prisionero. Los franceses se llevaron preso a Rocafort a Nápoles, donde le dejaron morir de hambre, dando un indigno final a un guerrero que había conducido a los almogávares a muchas victorias.

De esta manera, el oscuro Cepoy, con toda clase de artimañas, consigue hacerse con el liderazgo de los almogávares. Son los momentos más difíciles para la Gran Compañía Catalana. Los bizantinos les acosan por todas partes y empieza a escasear la comida y el botín. Por suerte, Juan II, rey de Tesalia, otro de los reductos del Imperio Latino, les contrata para limpiar sus tierras de ladrones. Pero como todos, pronto se cansa de los almogávares y su comportamiento, igual que el traidor Cepoy, que un buen día se marcha sin decir nada a nadie. Así que una vez se habían quedado los almogávares sin caudillo se reunieron como era tradición para elegir entre todos a cuatro jefes, que serían dos caballeros, un adalid y un almocadén. Así pasaron otros dos años más entre correrías siendo una autentica república independiente de carácter militar.

Antecedentes a la Batalla de Cefis

Es así como los almogávares vuelven a sus orígenes más puros, a las raíces de su forma de vida, y se dedican a saquear en su propio beneficio, sin obedecer a nadie más que a su consejo. Pero su fama sigue siendo muy grande en aquellas tierras y pronto volverán a encontrar trabajo como mercenarios. Los franceses del Ducado de Atenas, bajo el mando de Gualterio de Brienne, estaban en serias dificultades, pues

los bizantinos se estaban apoderando de sus territorios, así que decidieron contratarlos para defenderse. Pudo resultar difícil para los almogávares ponerse al servicio de los enemigos de su patria, pero como ya hemos visto, no era la primera vez, y la verdad es que llevaban ya muchos años abandonados a su suerte por el rey de Aragón. Además, el embajador del duque de Atenas era Roger Desllaur, de origen catalán, el cual para contratarlos se dirigió a ellos en esta lengua, cosa que debió reconfortar mucho a los almogávares, después de tantos años lejos de sus tierras. Corría ya el año de 1310 y los almogávares no tardaron en dar buena cuenta, una vez más, de las tropas imperiales. La Compañía contaba por entonces con unos 7.000 hombres, sumando almogávares y turcoples. Tras verse Gualterio libre del peligro para el cual había requerido sus servicios, quiso deshacerse de los incómodos almogávares, por lo que se negó a pagar todo lo prometido y se quedó con solo 500 de ellos bajo su mando. Esta decisión se veía reforzada por el hecho de que el emperador Andrónico había firmado un tratado con los venecianos, por el cual les cedía el predominio comercial del Imperio, a cambio de que no entraran en negocios con los territorios que albergaran catalanes y aragoneses, sus odiados enemigos. Gualterio no podía permitirse verse marginado por los venecianos, pues hubiera en la más absoluta de las ruinas, como enseguida empezó a comprobar antes de que hubiera despedida a la Gran Compañía. Así pues, descontado el pequeño contingente con el que se quedó, el resto de almogávares, viéndose una vez más traicionados, protestó la decisión del Duque. Este, lejos de escuchar sus demandas, confirma su decisión, los amenaza y empieza a reunir un gran ejército haciendo un llamamiento a todos los nobles franceses que ocupaban territorios herederos del imperio latino. Quien más y quien menos, estaba deseando acabar de una vez por todas con la Gran Compañía, que tantos años llevaba ya campando y

saqueando a sus anchas aquellos territorios. Los almogávares se niegan a irse de aquel territorio, pero ante los movimientos de Gualterio, deciden retirarse hacia la zona de Beocia dada su franca inferioridad numérica y prepararse allí para la gran batalla que se avecina y que marcará su destino para siempre en aquellas lejanas tierras.

La Batalla

Autores como David Agustí (2) o F. Xavier Hernández (3), entre otros, han aportado valiosos resúmenes sobre esta batalla. Nos encontramos con que Gualterio de Brienne había conseguido reunir un ejército de 3.000 caballeros y 12.000 infantes, aunque Francisco de Moncada (4), nos habla de 700 caballeros francos y 30.000 hombres de a pie. La cifra de infantes parece exagerada, mientras que los 700 caballeros sería lo más granado de la nobleza franca en territorio griego, siendo el resto vasallos de estos caballeros. Con esta fuerza empieza a perseguir a lo que quedaba de la Gran Compañía hasta que cree acorralarlos en la llanura de Queronea.

Había querido el destino, que más de mil seiscientos años después, esta llanura volviera a vivir una gran batalla, tras la que en la antigüedad sirvió a Filipo de Macedonia para hacerse dueño de Grecia, marcándole el camino a su hijo, el gran Alejandro, que también participó en ella, comandando la famosa caballería de los compañeros que tantas victorias le ayudaría a conseguir en sus conquistas asiáticas.

En principio, parecía que los almogávares estaban en el peor terreno posible para combatir. En aquella llanura poco podrían hacer ante la carga de la caballería pesada de los francos. A esto se sumaba que cuando las tropas del Duque de Atenas les habían dado caza, los almogávares tenían el río Cefis a sus espaldas y

su flanco izquierdo rodeado por el lago Copais. Esta posición les impedía cualquier tipo de retirada una vez el ejército enemigo empezara a chocar contra ellos. Viendo este panorama, los turcoples que acompañaban a la Compañía, decidieron retirarse y abandonar a sus compañeros de los últimos tiempos, pues creían que la masacre era algo seguro. Por el contrario, los 500 hombres que Gualterio había mantenido bajo su servicio, se presentaron ante él y le dijeron que les era imposible pelear contra sus hermanos y que estaban decididos a reunirse con ellos y afrontar juntos lo que la batalla les deparara. Gualterio, muy seguro de su éxito, les dejó ir tras advertirles que caminaban hacia una muerte segura. Estamos ante el enésimo episodio de un enemigo subestimando a los almogávares. Así pues, la Compañía iba a contar para enfrentarse a los francos con 3.000 infantes y 500 hombres que formaban una caballería ligera muy inferior a la del enemigo, tanto en número, como en armamento.

En resumen, el panorama antes de la batalla era que los almogávares se encontraban en territorio enemigo, en un terreno de lucha muy poco favorable y en clara inferioridad numérica tanto de caballería, como de infantería. Para cualquier otro ejército la situación habría sido desesperada, para ellos seguro que supuso un nuevo reto, ante el cual no faltarían las felicitaciones por poder participar en él, igual que la jornada del Monte Tauro.

A pesar del aparente carácter rudo de los almogávares, estos en absoluto carecían de estrategia y en la noche del 12 al 13 de Marzo decidieron dar la vuelta a aquel terreno hostil. Aprovechando la oscuridad todos los hombres empezaron a cavar zanjas para desviar agua del río Cefis, consiguiendo crear así un auténtico barrizal justo delante de la que iba a ser su posición en el combate. Llegamos así al amanecer del día 13.

Los franceses forman en tres bloques, con su infantería en retaguardia y la caballería al frente dividida en dos cuerpos de carga sincronizada, como era tradición en su forma de combatir. Los almogávares los esperaban acompañados de su escasa caballería en el flanco derecho, refugiados tras su trampa, la cual no era visible a simple vista y mucho menos desde la posición de los francos, ya que una capa de hierba ocultaba el estado del terreno. Para acabar de atraer al enemigo hacia esa zona, un pequeño grupo de almogávares se situó en uno de los extremos de la llanura y empezó a provocar ostensiblemente a los franceses con la intención de que se lanzaran contra ellos en esa dirección

Ansiosos por acabar de una vez por todas con los esos desarrapados, tan alejados de los cánones de los nobles guerreros franceses, Gualterio ordena que el primer cuerpo de caballería inicie la carga. El desastre para los francos acababa de empezar. Los almogávares ya habían “despertado” a sus armas y a pie parado parecían esperar sin temor la avalancha de caballos que los iba a aplastar. Los franceses habían pasado de llevar sus caballos al paso a ponerles a trotar para en última instancia lanzarlos a un frenético galope con el que los animales llegaban a echar espuma blanca por la boca debido al esfuerzo. Pero entonces, cuando ya los caballeros francos podían distinguir los rostros de los almogávares y apretaban con fuerzas las lanzas con las que los pensaban ensartar, las patas de sus monturas se empezaron a hundir en el fango y su ímpetu se frenó en seco. La trampa había funcionado a la perfección. Hay que tener en cuenta que al peso del caballo se unía el del caballero protegido por una armadura y armas de gran peso. La magnitud del desastre se agravó con la llegada de la carga de caballería, que no habían tenido tiempo para ver lo que les había sucedido a sus compañeros, o no lo habían sabido interpretar en la distancia, y chocaron contra ellos formándose de esta manera un

auténtico caos. Había llegado la hora almogávar. El enemigo estaba clavado delante suyo y podían dedicarse a lo que mejor sabían hacer, descerrajar caballos y matar a los caballeros en cuanto caían a tierra, si es que estos no habían caído ya antes por la brusca parada en el barro o al verse empujados por los compañeros que les seguían. En aquella masa de animales, hombres y hierro el exterminio fue prácticamente total. Los almogávares introducían sus armas entre los huecos que dejaban las armaduras de los francos o estos simplemente se ahogaban solos al haber caído bocabajo en el fango. La llanura de Queronea volvía a teñirse de color rojo sangre, con la diferencia de que si en la antigüedad había sido la caballería macedónica la que se había doctorado exterminando a uno de los mejores cuerpos de infantería hoplita, como era el Batallón Sagrado de los tebanos; ahora era una infantería de carácter ligero, como era la almogávar, la que pasaba a la historia destruyendo a la más famosa caballería del momento, la que formaban los caballeros de origen francés.

Pero la batalla, y la sangría, no se iban a delimitar a la zona enfangada, ya que mientras la élite del ejército de Gualterio era minuciosamente eliminada por los catalano-aragoneses; por otra parte, la caballería almogávar aprovechando el desconcierto reinante, empieza a atacar a la infantería enemiga. Cabe señalar una vez más por lo importante del detalle, que lo mejor de los francos se encuadraba en la caballería, mientras que la mayoría de los infantes eran los súbditos de esos caballeros, los cuales iban a la guerra forzados y cuyo espíritu combativo dejaba mucho que desear, con lo que viendo como su caballería era aplastada y la del enemigo se les venía encima, no tardaron en ser presa del pánico y en desmoronarse sin ofrecer resistencia. No acababan aquí las desgracias para el duque de Atenas, ya que a todo este desaguado se sumó que los turcoples que el

día anterior se habían desmarcado de participar en la batalla, y que estaban siguiendo el desarrollo de esta desde un punto cercano, al ver como contra lo que habían pensado, los almogávares estaban venciendo de forma contundente, se incorporaron de nuevo a sus filas y cargaron también contra la infantería franca aumentando la matanza y el pánico de estos pobres soldados, que ya no sabían hacia donde huir, pues encontraban cada vez más enemigos corrieran hacia donde corrieran.

Tras acabar la batalla, había llegado la hora de hacer balance. El bando de la Gran Compañía prácticamente no había tenido bajas, mientras que por el contrario, entre los francos casi no había supervivientes y hasta el mismo Gualterio de Brienne había caído junto a sus hombres. Los almogávares se encontraban de repente con todo un ducado para ellos mismos. Una batalla, una victoria, un reino conquistado.

Consecuencias de la batalla

Se encontraba pues la Gran Compañía dueña y señora de todo un Ducado. Reunido el consejo almogávar decidieron que necesitaban un nuevo caudillo para afrontar esta nueva empresa y como curiosidad, eligieron a uno de los pocos supervivientes del ejército franco, un noble del Rosellón, el mismo que había servido como embajador cuando Gualterio de Brienne los había contratado, aquel que los conmovió hablándoles en catalán, Roger Desllaur.

Una vez ya asentados, no se les olvidó los almogávares que pese a los años, y pese al abandono que habían sufrido, seguían siendo vasallos de la casa real catalano-aragonesa. Fieles hasta la muerte como eran, decidieron ofrecer el Ducado al rey Federico II de Sicilia, quien designó como gobernador a su hijo el infante Manfredo, aunque el poder lo ejercería como vicario Berenguer Estanyol. Posteriormente, en 1317, el rey envía al Ducado a otro hijo suyo, Alfonso Federico, bajo el cual los

almogávares emprenden su última conquista, ocupando el Ducado de Tesalia, para el cual también habían servido en el pasado como mercenarios, y que decidieron llamar con el significativo y curioso nombre de Neopatria. La ciudad más importante de ambos ducados sería Tebas, que se convirtió en la capital de la Corona de Aragón en aquellas tierras durante los casi ochenta años que estuvieron bajo su dominio.

El Ducado de Atenas se perdió en 1388 y el de Neopatria en 1390. Por aquel entonces ya no existían los almogávares, sus descendientes, hechos a una vida cómoda, alejada del nomadismo y las montañas de sus antepasados, perdieron pronto su espíritu. Seguro que muy distintas hubieran sido los acontecimientos y muchos más hubieran perdurado en su poder estos territorios, si los bravos almogávares de antaño hubieran estado defendiéndolos.

Importancia histórica

Mucho se ha hablado en la historia militar de la Batalla de Agincourt, encuadrada en la guerra de los Cien Años, cuando Enrique V aplastó a los franceses, contando con muchos menos hombres que estos e infligiendo una severa derrota a la famosa caballería pesada francesa. Muchos historiadores han visto en esta batalla el fin de la hegemonía de la caballería en las batallas, después de dominar durante varios siglos las de la época medieval. No seré yo quien cuestione su importancia y lo que significó. En el campo de Agincourt habían caído grandes chaparrones el día antes de la batalla. La lluvia había venido en ayuda de los ingleses y las cargas de los caballeros franceses se hundieron en el barro, quedando a merced de los arqueros ingleses y de sus infantes. Todo muy similar a lo sucedido entre el río Cefis y el lago Copais, solo que más de un siglo después, en 1415; y que mientras que los almogávares habían preparado con sus manos el terreno para provocar el desastre

de la caballería, en Agincourt, los ingleses se encontraron con el trabajo hecho por la naturaleza y solo tuvieron que aprovecharse de ello. Incluso dentro de la propia Guerra de los Cien Años, mucho antes de Agincourt, en 1346, en Crecy, la caballería francesa ya había mordido el polvo, pues no había aprendido la lección de sus compatriotas orientales y de nuevo el exceso de confianza y un terreno arado poco propicio les hizo caer en la misma trampa, aunque una vez más, la fortuna fue quien les concedió un campo de batalla propicio para conseguir la victoria.

Esta claro que la historiografía española y catalana no tienen el poder de la inglesa, pero valga este pequeño artículo para reivindicar lo que cada uno se merece.

Hoy en día los almogávares son unos desconocidos para la gran mayoría de la población y lo poco que permanece en la memoria colectiva está relacionado con la leyenda negra, esa que envuelve muchos episodios de la historia de España. Una leyenda negra que han creado historiadores extranjeros y que han sabido divulgar muy bien, hasta al punto de hacérsela creer a nosotros mismos. En el caso de los almogávares prevalece su imagen de soldados sin compasión, crueles y salvajes, como si el resto de ejércitos de la época, o incluso aquellos mismos contra los que se enfrentaron, se hubieran comportado de forma menos violenta. Aún hoy en Grecia se maldice invocando a la venganza de los catalanes, o se asusta a los niños hablándoles de un almogávar, en lugar del coco. Pero, ¿por qué mientras se nos presenta como defensores de la libertad a los 300 espartanos de las Termópilas, no se hace lo mismo con estos hombres, que en las mismas tierras, también en gran inferioridad numérica, supieron luchar con igual valor? ¿En cuantas películas de Hollywood se hubieran representado las grandes gestas de la Gran Compañía si hubieran sido norteamericanos? ¿Cuántas estatuas y monumentos tendrían dedicados en sus tierras si fueran oriundos de cualquier otro país europeo? Aquí

solo los más entendidos saben de lo importante que es su papel histórico. Los homenajes se limitan a unas cuantas obras, muy buenas y respetables, pero que no han llegado a ser best-seller por lo desconocido del tema para el gran público. Pese a todo, es importante destacar el reconocimiento por parte de la Brigada Paracaidista, que cuando fue fundada por el Comandante de infantería Don Tomás Pallás Sierra, vio que por sus incursiones en territorio enemigo como principal característica en su forma de combatir, era la perfecta heredera del espíritu de estos bravos soldados. Así que supo honrar su recuerdo recuperando su grito de guerra y bautizando a dos de sus Banderas con los nombres de sus caudillos Roger de Lauria y Roger de Flor. Hoy, una monumental escultura de un almogávar, obra del maestro Antonio Colmeiro, preside la entrada a la base de la BRIPAC en Paracuellos del Jarama, indicándonos que más de siete siglos después su espíritu aún sigue vivo.

Es cierto, que Cefis no fue la primera derrota de una caballería medieval ante hombres de a pie, pues ya en las batallas de Bouvines y en Courtrai había sucedido. Pero nunca antes un ejército había preparado el terreno para adaptarlo en beneficio de la infantería. Cefis es el primer aviso serio de que la guerra estaba cambiando. Hubo después más derrotas, como hemos visto, y también victorias de la caballería, pero el camino que habían marcado los almogávares no caería en el olvido. No sería hasta las reformas revolucionarias de Fernando González de Córdoba, más conocido como el Gran Capitán, que se daría el paso definitivo a la guerra moderna, en la que la infantería llevaría el peso principal de las batallas. Es imposible afirmarlo, pero quien sabe, si el Gran Capitán, que era un gran estudioso de las batallas acaecidas en el pasado, conocía lo sucedido en Cefis y vio en ello el inicio del cambio.

Notas:

- (1) Autor de inicios del siglo XVII, nos narra este episodio en el capítulo XLIV de su obra *Expedición de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos*.
- (2) *Los almogávares. La expansión mediterránea de la Corona de Aragón* (entre las páginas 106 y 108).
- (3) Nos presenta una interesante representación gráfica del campo de batalla y los movimientos de los dos ejércitos enfrentados en *Història Militar de Catalunya*, concretamente el segundo volumen *Temps de Conquesta* (entre las páginas 182 y 186).
- (4) Capítulo LXV de *Expedición de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos*.
- (5) Típico cuchillo o espada corta almogávar, que se caracterizaba por su hoja ancha.

Bibliografía:

- AGUSTÍ, DAVID: "*Los almogávares. La expansión mediterránea de la Corona de Aragón*", Silex Ediciones, Madrid, 2004.
- AVENTÍ, MERCE; SALRACH, JOSEP M.: "*Història medieval de Catalunya*", Edicions de la Universitat Oberta de Catalunya, Barcelona, 1998.
- DE MONCADA, FRANCISCO: "*Expedición de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos*", Ediciones Akal, Sant Andreu de la Barca (Barcelona), 1987.
- DE ISABEL MARTINEZ, RICARDO: "*Almogávares*", Falcata Ibérica Ediciones, Madrid, 2000.

- HERNÁNDEZ, F. XAVIER: "*Història Militar de Catalunya*", Vol. II: Temps de conquesta, Rafael Dalmau Editor, Barcelona, 2001.
- ROCAFORT, GUILLERMO: "*Yo, Berenguer de Rocafort: Caudillo almogávar*", Aurea Editores, Barcelona, 2006.
- WALKER, JOSEPH M.: "*Historia de Bizancio*", Edimat Libros, Arganda del Rey (Madrid), 2005.